

que ya no existían. ¡Dios mío! ¡Que hubiesen acabado de sufrir, que les fuesen perdonadas sus faltas, que no resucitasen sino en otra vida de eterna felicidad! E intercedía con todo fervor, sobrecogida de espanto ante la idea de un infierno que, tras esta vida miserable, eternizara su padecer.

A partir de tan triste día, Pascual y Clotilde iban juntos á visitar á sus enfermos con ánimo más compasivo. Quizá en él había tomado más cuerpo aún el pensamiento de su impotencia ante la enfermedad ineludible. Lo único sensato era dejar obrar á la naturaleza, dejarla eliminar los elementos peligrosos, y no trabajar más que en su labor final de salud y de fuerza. Pero los parientes que uno pierde, los parientes que sufren y mueren, dejan en el corazón cierto rencor contra el mal, una necesidad irresistible de combatirlo y de vencerlo. Y jamás el doctor había gustado alegría tan grande, cuando con un pinchazo conseguía aplacar un acceso, ver calmarse y dormirse al paciente que estaba en un grito. Ella, en cambio, le adoraba, orgullosísima, como si su mutuo amor fuese el alivio que, cual viático, llevaban al pobre enfermo,

X

Una mañana, Martina, como todos los trimestres, hizo que el doctor la diese un recibo de mil quinientas pesetas para ir á cobrar lo que llamaba "las rentitas de la casa," al estudio del notario Grandguillot. El pareció sorprendido de que el plazo hubiese vuelto tan pronto: jamás se había desentendido hasta ese punto de las cuestiones de dinero, confiando á la sirvienta el cuidado de arreglarlo todo. Y estaba con Clotilde, bajo los plátanos, poseídos los dos de la única alegría de vivir, refrescados deliciosamente por la eterna canción de la fuente, cuando volvió Martina, azorada, agitada por emoción extraordinaria.

No pudo hablar al pronto: hasta tal punto la faltaba el aliento.

—¡Jesús! ¡Jesús!... ¡El señor Grandguillot se ha marchado!

Pascual no comprendió al principio.

—¡Bueno, hija! No hay prisa. Volverá V. otro día.

—¡Sí, sí! ¡Qué he de volver! Ha volado. ¿Lo oye? Ha volado...

Y lanzó las palabras, desahogando su violenta emoción, como si se hubiese soltado una presa.

—Llego á la calle; veo gente desde lejos delante de la puerta... Me entra un escalofrío; me da el corazón que ha sucedido una desgracia. Y la puerta cerrada; ni una persiana abierta; una casa de muerto... En seguida me dice la gente que ha tomado el portante, que no dejaba un céntimo, que era la ruina de las familias...

Soltó el recibo sobre la mesa de piedra.

—¡Tenga V.! ¡Ahí está su papel! Se acabó; ¡ya no tenemos un céntimo! ¡Vamos á morirnos de hambre!

La ahogaban las lágrimas; lloraba sollozando, oprimida por la angustia de su corazón de avara, loca por aquella pérdida de una fortuna y temblando ante la amenaza de la miseria.

Clotilde se había quedado suspensa, sin hablar, con los ojos clavados en el doctor, que más parecía incrédulo que otra cosa en el primer instante. Procuró calmar á Mar-

tina. ¡Vaya! ¡vaya! No había que amontonarse así. Si no sabía el caso más que por la gente de la calle, quizá todo se reducía á habladurías y exageraciones. ¡El señor Grandguillot fugándose!... ¡El señor Grandguillot ladrón! Eso era cosa monstruosa, imposible. ¡Un hombre de tanta honradez! ¡Una casa querida y respetada de todo Plassans desde hacía más de un siglo! ¡Una casa donde, según se decía, el dinero estaba más seguro que en el Banco de Francia!

—Recapacite V., Martina: una catástrofe de esa naturaleza no vine como un rayo; habría habido rumores que la anunciaran... ¡Qué demonio! Una probidad tan antigua no viene á tierra en una noche.

A estas palabras Martina hizo un ademán de desesperación.

—¡Ay, señor! Esa es mi pena, porque, para que lo sepa V., tengo mi parte de culpa... Hace semanas que vengo oyendo decir cosas... Vds., es claro, no oyen nada, no saben si viven...

Pascual y Clotilde no pudieron menos de sonreír, porque era muy cierto que vivían fuera del mundo, tan distantes y tan altos, que no llegaba hasta ellos ninguno de los ruidos ordinarios de la existencia.

—Sólo que como eran cosas tan feas, no he querido molestarles á Vds. Creía que serían mentira.

Acabó por contar que si unos acusaban meramente al señor Grandguillot de haber hecho jugadas de Bolsa, otros afirmaban que mantenía mujeres en Marsella. En fin, orgías, pasiones abominables. Y rompió otra vez á sollozar.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Qué va á ser de nosotros? ¡De modo que nos vamos á morir de hambre!

Vencido entonces, afectado al ver llenarse de lágrimas también los ojos de Clotilde, Pascual trató de reunir sus recuerdos y hacer un poco de luz en su espíritu. En otra época, cuando ejercía en Plassans, había llevado en varias veces al señor Grandguillot las ciento veinte mil pesetas, con cuya renta venía teniendo bastante desde hacía ya diez y seis años; y el notario le había dado cada una de las veces un recibo de la suma depositada. El recibo le permitiría, sin duda, presentarse como acreedor personal. Después se despertó en el fondo de su memoria vago recuerdo: sin que pudiese precisar la fecha, á petición del notario, y tras ciertas explicaciones del mismo,

le había entregado un poder para emplear todo ó parte de su dinero en colocaciones hipotecarias; y hasta estaba seguro de que en ese poder había quedado en blanco el nombre del mandatario. Pero ignoraba si se había hecho uso de tal documento, porque no se preocupó nunca de saber cómo podían estar colocados sus fondos.

Nuevamente su angustia de avara arrancó este grito á Martina:

—¡Ah, señor! ¡Bien castigado se ve V. por donde ha pecado! ¿Quién abandona así el dinero? Yo, ¡oígalo V.!, yo llevo mi cuenta al céntimo cada tres meses, y puedo decir por las puntas de los dedos las cifras y los títulos.

En medio de su desconsuelo, animó su semblante una sonrisa inconsciente. Era que veía satisfecha su lejana y tenaz pasión: sus cuatrocientas pesetas de salario, sin tocar apenas, economizadas, colocadas durante treinta años, produciendo al fin, por la acumulación de los intereses, la enorme suma de veinte mil. Y ese tesoro estaba intacto, seguro, aparte, en sitio que nadie conocía. No cabía en sí de gozo, pero se abstuvo de insistir más.

Pascual protestaba.

—¡Eh! ¿y á V. quién le dice que está perdido todo nuestro dinero? El señor Grandguillot tenía su hacienda propia, y supongo que no se habrá llevado su casa y sus fincas. Veremos: se pondrán en claro las cosas; yo no puedo resignarme á que ese hombre sea un ladrón... El único contratiempo es que va á haber que esperar.

Hablaba así por tranquilizar á Clotilde, cuya inquietud veía crecer. Ella le miraba, y miraba la Solueiade, preocupada exclusivamente de él, animada del ardiente deseo de vivir siempre allí, como en pasados tiempos, de amarle siempre en el fondo de aquella soledad amiga. Y el doctor, por su parte, decidido á calmarla, recobraba su hermosa indiferencia de hombre que jamás había vivido por el dinero, ni concebía que se pudiese carecer de él ni pasar apuros por su falta.

—¡Pero si yo tengo dinero!—acabó por exclamar.—¿Qué nos viene á contar aquí Martina de que no tenemos ya un céntimo y de que vamos á morirnos de hambre?

Y se levantó alegremente, obligándolas á las dos á seguirle.

—¡Venid, venid! ¡Ahora vais á ver dinero! Y yo le daré á Martina para que nos haga una buena comida esta noche.

Arriba, en su cuarto, abrió la gaveta con aire de triunfo, en presencia de las dos. Allí, en el fondo de un cajón, venía echando desde hacía cerca de diez y seis años los billetes y el oro que le llevaban espontáneamente sus últimos clientes, sin que él les reclamase nada. Y tampoco había sabido nunca á ciencia cierta la cifra de aquel pequeño tesoro, de donde tomaba para sus gastos chicos, sus experimentos, sus limosnas y sus regalos. Hacía algunos meses que menudeaban sus visitas á la gaveta. Pero estaba tan acostumbrado á encontrar las cantidades que necesitaba, tras años de natural arreglo y de gastos casi nulos, que acabó por creer inagotables sus ahorros.

Reía, pues, de satisfacción.

—¡Ahora veréis! ¡ahora veréis!

Y se quedó confundido, cuando, después de registrar febrilmente entre un montón de cuentas y de facturas, no pudo reunir más que una suma de seiscientos quince pesetas: dos billetes de cien pesetas, cuatrocientas pesetas en oro y quince en moneda menuda. Sacudía los otros papeles, y pasaba los dedos por los rincones del cajón, exclamando:

—¡Pero si no es posible! ¡Si ha habido siempre! ¡Si había aún montones estos días!...

Por fuerza me han engañado todas esas facturas viejas. Os juro que la otra semana, he visto y tocado mucho.

Hablaba con un candor tan gracioso, se asombraba con sinceridad tan infantil, que Clotilde no pudo menos de sonreirse. ¡Ah, qué hombre de negocios tan desdichado aquel pobre maestro! Pero después, viendo la angustia de Martina, viendo su absoluta desesperación en presencia del poco dinero, que ahora representaba la vida de los tres, la joven sintió una gran congoja, se humedecieron sus ojos, y murmuró:

—¡Dios mío! ¡Por mí es por quien lo has gastado todo! ¡Yo soy la ruina, la causa única de que no tengamos un céntimo!

El había olvidado ya el dinero invertido en los regalos. Esa era evidentemente la brecha. Al caer en la cuenta, se quedó tan tranquilo, y se enfadó al oír que Clotilde, muy afligida, hablaba de devolverlo todo.

—¡Devolver lo que yo te he dado! ¡Devolverías con ello un pedazo de mi corazón! ¡No, no! ¡aunque me muriese de hambre, yo te quiero tal y como te he querido!

Y lleno de confianza, viendo abrirse un porvenir ilimitado, añadió:

—Además, esta noche aún no hemos de

morirnos de hambre, ¿verdad, Martina? Con esto se podrá tirar mucho.

Martina meneó la cabeza. Ella se comprometía á estirar el dinero dos meses, quizá tres, si tenían mucho juicio, pero no más. Antes siempre entraba algún dinero en el cajón, pero ahora, desde que el señor dejaba á sus enfermos, la entradas eran casi nulas. Por consiguiente, no había que contar con que viniese de fuera ningún subsidio. Y concluyó, diciendo:

—Deme V. los dos billetes de cien pesetas. Voy á ver de hacerlos durar todo un mes. Después ya veremos... Pero mirese V. mucho; no vaya V. á tocar á las cuatrocientas pesetas en oro, cierre el cajón, y no lo vuelva á abrir.

—¡Oh, en ese particular - exclamó el doctor - puedes estar tranquila! Antes me cortarían la mano.

Así se arregló todo. Martina disponía libremente de aquella última bolsa, y era de fiar, podían dejarlo á su arbitrio en la seguridad de que escatimaría los céntimos. En cuanto á Clotilde, que nunca había tenido bolsa suya propia, no podía notar siquiera la falta de dinero. Pascual sería el único que echase de menos su inagotable tesoro; pero

se había comprometido formalmente á dejar que lo pagase todo la criada.

— ¡Uf! ¡Buena faena! — dijo, aliviado y contento, como si acabase de arreglar un asunto magno que asegurase su vida para siempre.

Pasó una semana sin que nada pareciese haber cambiado en la Souleiade. Absortos en su amor, ni Pascual ni Clotilde daban muestras de preocuparse de la miseria que los amagaba. Y una mañana en que la joven había salido con Martina, para acompañarla á la plaza, recibió el doctor una visita, que en el primer momento le llenó de una especie de terror. Era la mujer que le había vendido el corpiño, aquella maravilla, su primer regalo. Se reconocía tan débil contra cualquier tentación posible, que temblaba. Aun antes de abrir la boca la prendera, empezó á defenderse: ¡no! ¡no! no podía, no quería comprar nada; y poniendo las manos por delante, la impedía sacar ninguna cosa del saquito de cuero. Pero la mujer sonrió afablemente, segura del triunfo. Empezó á machacar con su charla seguida, contándole una historia; ¡sí! una señora cuyo nombre no podía descubrir, una de las señoras más distinguidas de Plassans, reducida por un

contratiempo á deshacerse de una joya; y ponderaba la magnífica ocasión: una joya que había costado más de mil doscientas pesetas, y que ella se resignaba á dejar por quinientas. Sin precipitarse, había abierto el saco, á pesar de la zozobra, de la ansiedad del doctor, y sacaba una cadenita para el cuello, con siete perlas delante, cosa muy sencilla; pero las perlas presentaban una redondez, un brillo y una limpidez admirables. ¡Todo aquello era tan fino, tan puro, de una frescura tan exquisita! Instantáneamente vió la alhaja en el cuello delicado de Clotilde, como adorno natural de aquella carne de seda, cuyo sabor de flor conservaba en los labios. Otra joya hubiese sido una superfluidad inútil en su persona; aquellas perlas no harían más que realzar su juventud. Y ya la tenía entre los dedos trémulos, acongojado por una angustia mortal ante la idea de devolverla. Con todo, seguía defendiéndose, jurando y perjurando que no tenía quinientas pesetas; mientras la mujer, por su parte, continuaba haciendo valer la ganga, que era positiva. Al cabo de un cuarto de hora más, cuando lo creyó vencido, tuvo á bien dejar el collar, de un solo bajón, en trescientas pesetas; y él cedió al fin, pudiendo más que

nada el ansia del regalo, la necesidad de dar gusto, de adornar á su ídolo. Cuando fué á sacar del cajón las quince monedas de oro para entregárselas á la vendedora, estaba convencido de que se arreglaría lo del notario y no tardarían en tener mucho dinero.

Al encontrarse solo, con la alhaja en el bolsillo, se puso como un niño de alegre, recreándose en la sorpresa que preparaba, y aguardando con impaciencia la vuelta de Clotilde. En el momento de divisarla, empezó á latirle el corazón como si fuese á estallar. La joven traía mucho calor: el sol ardoroso de Agosto abrasaba el cielo. Quiso, pues, cambiar de vestido. Pero venía muy contenta de su paseo, y se reía al contar la adquisición que acababa de hacer Martina: dos pichones por diez y ocho sueldos. Pascual, sofocado por la emoción, la había seguido á su cuarto; y, cuando ella no estaba ya más que en enaguas, con los brazos y los hombros desnudos, aparentó notar algo en su cuello.

—¡Calla! ¿Qué es eso que tienes ahí? A ver, á ver: enseña.

Tenía el collar en la mano, y consiguió ponérselo, fingiendo palparla para cerciorarse de que no había ninguna cosa. Pero ella se revolvió alegremente.

—¡Vamos, acaba! Yo sé bien que no tengo cosa ninguna... A ver: ¿Qué infundios traes ahí? ¿Qué es lo que tienes que me hace cosquillas?

La cogió en brazos, y la llevó delante del gran espejo, donde se vió toda. La cadeni-lla no parecía en su cuello más que un hilo de oro, y la joven divisó las siete perlas como estrellas lácteas, nacidas allí, relumbrando suavemente sobre la seda de la piel. Era infantil y delicioso. Al instante brotó de sus labios una risa de embeleso, un arrullo de paloma presumida que se esponja.

—¡Ay, maestro, maestro! ¡Qué bueno eres!... ¿Pero tú no piensas más que en mí?... ¡Qué feliz me haces!

Y la alegría que asomaba á sus ojos, aquella alegría de mujer y de amante, gozosa de ser bella y adorada, le recompensaba á él soberanamente de su locura.

Clotilde había vuelto la cabeza, radiante, y alargaba los labios. Pascual se inclinó. Se besaron.

—¿Estás contenta?

—¡Oh, sí, maestro! ¡Contenta, contentísima!... ¡Son una cosa tan delicada, tan pura, las perlas! ¡Y éstas me sientan tan bien!

Se admiró otro rato en el espejo, inocente-

mente vanidosa de la rubia flor de su piel, sobre la cual se destacaban las nacaradas gotas de las perlas. Luego, cediendo al deseo de que la viesan, y oyendo andar á la criada en la sala contigua, echó á correr en su busca, despechugada y en enaguas.

—¡Martina! ¡Martina! ¡Mira lo que acaba de darme el maestro!... ¡Estoy guapa! ¿eh?

Pero al ver la faz severa, súbitamente terrosa de la solterona criada, se le agrió el gozo. Acaso tuvo conciencia del vivo y amargo sentimiento de celos que su espléndida juventud producía en aquella pobre criatura consumida en la muda resignación de su domesticidad, siempre en adoración delante de su amo. Por supuesto, fué el primer movimiento, que duró un segundo; movimiento inconsciente para una, sospechado apenas por la otra, y lo que quedó después fué la visible desaprobación de la sirvienta económica, el costoso regalo visto con malos ojos y condenado severamente.

A Clotilde la dió un poco de frío, y murmuró:

—Sin duda el maestro ha registrado otra vez la cómoda... Son muy caras las perlas, ¿verdad?

Cohibido á su vez Pascual, hizo pondera-

ciones, explicando la magnífica ocasión, y contó con un diluvio de palabras la visita de la corredora. Un negocio increíble de bueno: no se podía prescindir de compra tal.

—¿Cuánto?—preguntó la joven con verdadera ansiedad.

—Trescientos francos.

Y Martina, que no había abierto aún la boca, terrible en su silencio, no pudo contener este grito:

—¡Santo Dios! ¡Había con que vivir seis semanas, y no tenemos pan!

Grandes lagrimones brotaron de los ojos de Clotilde. A no impedírselo Pascual, se hubiese arrancado el collar del cuello. Hablaba de devolverlo en el acto, y tartamudeaba enloquecida.

—Es verdad, tiene razón Martina... El maestro está loco; y yo misma lo soy, guardando esto ni un minuto, en la situación en que estamos... Me abrasaría la piel. Te lo suplico, déjame devolverlo.

Jamás quiso él consentirlo. Desconsolábase con las dos, reconocía su falta, y gritaba que era incorregible, que hubiese debido quitarle todo el dinero. Fué corriendo á la cómoda, trajo los cien francos que le quedaban, y obligó á Martina á tomarlos.

—¡Os digo que ya no quiero tener ni un cuarto! Me lo volvería á gastar... Toma, Martina, aquí sólo tú eres razonable. Harás que dure el dinero, estoy convencido de ello, hasta que se hayan arreglado nuestros asuntos... Y tú, querida, conserva eso, no me des pena. Abrázame; anda á vestirme.

Ya no se habló más de aquella catástrofe. Pero Clotilde había conservado la gargantilla puesta en el cuello, debajo del cuerpo del vestido. Y la joyita, tan fina, tan linda, ignorada de todos, que sólo la dueña sentía, era de una discreción encantadora. A veces, en la intimidad, dirigía una sonrisa á Pascual, sacaba del pecho con presteza las perlas, para enseñárselas sin decir palabra; y con el mismo ademán las volvía á meter en su tibio seno, emocionada deliciosamente. Recordábale su locura con una gratitud confusa, una radiación de júbilo siempre vivo. Jamás las abandonó.

Comenzó desde entonces una vida de escasez, dulce á pesar de todo. Martina había hecho un inventario exacto de los recursos de la casa, y era desastroso. Sólo prometía algún fruto la cosecha de patatas. Por fatalidad, la tinaja de aceite estaba dando fin y también se agotaba el tonel del vino. No te-

niendo ya la Souleide viñas ni olivos, no producía sino algunas hortalizas y un poco de fruta, peras sin madurar, uvas de parra, que iban á ser el único regalo. Por último, era preciso comprar á diario el pan y la carne. Por eso, la criada, desde el primer día, puso á ración á Pascual y Clotilde, suprimiendo las antiguas golosinas, las cremas, los pastelillos, reduciendo los platos á la congrua porción. Había recobrado toda su autoridad tradicional, y les trataba como á niños, sin consultarles siquiera acerca de sus deseos y gustos. Ella era quien hacía la lista de platos, quien sabía mejor que sus pupilos lo que necesitaban, vigilante como una madre, rodeándoles de infinitos cuidados, haciendo el milagro de darles hasta golosinas con escaso dinero, no reprendiéndoles á veces sino por su bien, como se reprende á los chiquillos que no quieren comer la sopa. Y parecía que tan singular maternidad, aquel postrer sacrificio, aquella paz de la ilusión de que rodeaba sus amores, la satisfacía un poco á ella también, salvándola de la sorda desesperación en que había caído. Desde que velaba así por su amo y por Clotilde, había recobrado su carita blanca de monja destinada al celibato, sus

tranquilos ojos de color ceniciento, que pregonaban la resignación de sus treinta años de servidumbre doméstica. Cuando, tras las eternas patatas y la chuletita de veinte céntimos oculta entre la verdura, lograba ciertos días servirles fruta de sartén, sin desequilibrar su presupuesto, triunfaba y se reía á más y mejor.

Pascual y Clotilde lo encontraban todo excelente, lo cual no era óbice para que se burlasen de ella cuando no estaba delante. No cesaban las antiguas bromas acerca de su avaricia, y referíanse que contaba los granos de pimienta, tantos granos para cada plato, con objeto de economizarlos. Cuando las patatas no estaban muy sobradas de aceite, ó las chuletas se reducían á un bocado, cruzaban una mirada rápida, y esperaban á que hubiese salido para ahogar la risa tapando la boca con las servilletas. Divertíanse todo; se reían de su miseria como inocentes.

Al fin del primer mes, Pascual pensó en el salario de Martina. Tenía costumbre de cobrarse por su mano los cuarenta francos, tomándolos de la bolsa común que manejaba.

—Pobre hija mfa—la dijo una noche;—¿cómo nos las arreglaremos para tu salario, puesto que ya no hay dinero?

Quedóse ella un instante con los ojos fijos en el suelo y aire meditabundo.

—¡Caramba, señor! Tendré que esperar.

Pero él vió que no le decía todo y que pensaba en algún arbitrio, sin saber de qué manera ofrecérselo. La animó á que lo hiciese.

—Entonces, toda vez que el señor lo consiente, preferiría que el señor me firmase un papel.

—¿Cómo un papel?

—Sí, un papel en que el señor pusiese que me debe cuarenta francos.

Pascual la dió el papel en seguida, y ella quedó contentísima, guardándolo con cuidado, como si fuese dinero contante y sonante. Se veía claro que el documento la tranquilizaba. Pero el tal documento llegó á ser para el doctor y su compañera nuevo motivo de asombro y burlas. Extraordinario poder el del dinero sobre ciertas almas. La solterona, que les servía de rodillas, que adoraba en él especialmente, hasta el punto de haberle consagrado su vida... ¡aceptaba una garantía imbécil, un papelucho sin valor, si no la podía pagar!

Por supuesto, ni Pascual ni Clotilde habían tenido hasta entonces gran mérito en

conservar su serenidad en el infortunio, porque no lo notaban. Vivían muy encima, más lejos, más arriba, en las dichosas y feraces tierras de su pasión. En la mesa ignoraban lo que comían: podían soñar que eran regios manjares servidos en vajilla de plata. En torno suyo, no tenían conciencia de la desnudez que iba en aumento, de la criada hambrienta mantenida con las migajas de su pitanza; y andaban por la casa vacía como á través de un palacio colgado de sedas, rebosando tesoros de arte. Aquella fué, de fijo, la época más feliz de sus amores. El dormitorio era un mundo, el dormitorio tapizado de indiana antigua, color aurora, donde no podían agotar lo infinito, la dicha sin fin de estarse el uno en brazos del otro. Además, el gabinete de trabajo conservaba los gratos recuerdos del pasado; hasta el punto de que entretenían allí los días, como arrebuados suntuosamente en el goce de haberlo habitado tanto tiempo juntos. Luego, por fuera, en el fondo de los menores rincones de la Souleiade, el regio estío era quien levantaba su tienda azul, deslumbrante de oro. Por la mañana, á lo largo de las aromosas calles de la pineda; al mediodía, bajo la sombra espesa del platanar, refrescada

por la canturía de la fuente; de noche, en la terraza que refrescaba ó en la era, tibia todavía y bañada por el tenue resplandor azul de las primeras estrellas, paseaban con arro-bamiento su existencia de pobres cuya única ambición era vivir siempre juntos, con absoluto desprecio de todo lo demás. De ellos eran la tierra y sus tesoros, y las fiestas, y el poderío, desde el momento en que se poseían mutuamente.

Sin embargo, á fines de Agosto la adversidad arreció. A veces tenían inquieto despertar, en medio de aquella vida sin vínculos, ni deberes, ni trabajo, para ellos tan dulce, pero que comprendían era imposible y mala para vivirla siempre. Una noche les declaró Martina que sólo quedaban ya cincuenta francos, y á duras penas habría para un par de semanas, privándose de beber vino. Además, iban siendo graves las noticias: el notario Grandguillot, insolvente en absoluto, ni los acreedores personales verían un céntimo. Al pronto, pudo contarse con la casa y dos granjas que naturalmente el notario, en su fuga, no se había llevado á cuestras; pero ahora resultaba que esas propiedades aparecían inseritas á nombre de su mujer; y mientras, decíase que él estaba